

daba la entrada del Euxino. Daba libertad á los cautivos indigentes, suprimía las deudas de las ciudades y aun prometía eximirlos de todo subsidio por cinco años. Con esto corrían á recibirlo todos los pueblos: fué una marcha triunfal, más bien que una conquista. Llamábanlo el dios salvador, el nuevo Baco, y su hermoso semblante que recordaba el de Alejandro se prestaba á la ilusión. Magnesia de Sipilo, Estratónice en la Caria, Patara en Licia y algunas otras ciudades en escaso número, se resistieron al entusiasmo general. Para ligar con un lazo sangriento estos pueblos frívolos á su causa, el rey del Ponto envió á los gobernadores de todas las ciudades órdenes secretas, que no debían abrir hasta un día señalado. En un mismo día y á una misma hora, vengó la provincia todos sus sufrimientos: todos cuantos romanos é italianos había en Asia, todos fueron degollados, hombres, mujeres, niños, hasta los esclavos perecieron en los tormentos. Ni los templos, ni los altares de los dioses, ni los santuarios más venerados protegieron ninguna víctima; sus bienes fueron confiscados y repartidos entre los asesinos y el rey, que sacó de este botín lo suficiente para declarar á los asiáticos libres de impuestos por espacio de un quinquenio. Efeso entre todas aquellas ciudades se distinguió por su odio á Roma: cuando sus habitantes no encontraron ya más romanos que matar, convirtieron su enojo contra los monumentos erigidos por ellos ó en su honor y no dejaron piedra sobre piedra, mereciendo que Mitrídates eligiera su ciudad por metrópoli de su imperio.

Casio había huido hasta Rodas, pero Opio cayó en manos del pueblo de Laodicea, que lo entregó á Mitrídates y éste lo arrastró encadenado en su séquito. Aquilio, preso por los mitilénios, fué paseado en irrisión por las principales ciudades, y en Pérgamo le echaron en la boca oro fundido (88). Roma expiaba con la muerte de cien mil ciudadanos ó aliados suyos y con el quebrantamiento de su imperio las abominables exacciones de sus procónsules y de sus publicanos: era justo.

La primera parte de los planes de Mitrídates estaba realizada: el Asia estaba sometida, excepto algunas ciudades, que se resistían aún, como Rodas, donde se habían refugiado los romanos que pudieron escaparse del degüello. Repetidas veces la atacó Mitrídates; pero todos sus esfuerzos fracasaron, y en una de estas batallas navales estuvo él mismo á punto de perecer. Pasó el invierno en Pérgamo para estar más cerca de la Grecia, y allí celebró pomposamente sus bodas con la bellísima Monima, griega de Estratónice ó de Mileto, que había rehusado su oro y no cedió á sus instancias sino á condición de recibir el título de reina.

Incurría pues en la falta que había perdido á Antóco: el gran rey hacía lugar al sátrapa ávido de placeres y dejaba pasar las ocasiones de dar los golpes decisivos. Sin embargo, Mitrídates no se abandonó tanto al deleite: durante sus fiestas nupciales, el déspota asiático había enviado desde el fondo de su harem la espantosa orden de la simultánea degollación, y se preparaba á aprovecharse de la guerra civil que retenía aún á las legiones en Italia para cumplir las promesas que hiciera en otro tiempo á los italianos y á los griegos.

Estos habían sentido vivamente, aunque de rechazo, el efecto de los acontecimientos que acababan de ocurrir á la otra parte del mar Egeo, y los retóricos no dejaban de celebrar pomposamente la generosidad del rey, la liberación del Asia y el renacimiento de la raza helénica. Los atenienses, siempre llenos del recuerdo de los altos hechos de sus antepasados, eran los más animados: sin duda habían tenido menos que sufrir que otros en cuanto á exacciones consulares, y Roma les había tenido miramientos y consi-

deraciones, de que no era pródiga; pero su inmensa vanidad no se contentaba con el desairado papel que hacía ahora en el mundo, y se indignaban de ver á algunos romanos de fama, como los oradores Craso y Antonio, pasar por su ciudad sin hacerle los homenajes acostumbrados, desdeñar sus maravillas, sus escuelas aun famosas, y hablar su *lengua bárbara* en la ciudad de Sófocles y de Demóstenes. Así, Atenas había aceptado los ofrecimientos sin duda brillantes de Mitrídates, y va á venir á ser la base de operaciones del ejército pónico; el sitio que ha de sostener será el más considerable incidente de esta guerra; y como para mostrar que se trata menos de la independencia de un pueblo pequeño que de la lucha empeñada desde un siglo antes entre las civilizaciones helénica y latina, dos filósofos, Aristión y Apelición de Teos, serán los que dirijan la defensa, y el representante del partido de los antiguos romanos será quien fuerce las puertas.

En la primavera del año 87, la flota pónica dueña del mar Egeo, trasportó á Grecia un ejército que mandaba el capadocio Arquelao, mientras un hijo del rey, Arcatias, al Norte del Helesponto reunía otro, que debía aumentarse en el camino con los tracios y los pueblos del Danubio, trabajados de mucho antes por los emisarios del rey.

Este plan era hábil ciertamente: el gobernador romano de la Macedonia que, solo en la Hélade, disponía de algunas tropas, iba á encontrarse envuelto entre los dos ejércitos asiáticos del Sur y del Norte. Pero los ciento cincuenta mil hombres que Mitrídates prometía enviar á Grecia eran de aquellas tropas que Flaminio había caracterizado en otro tiempo con una palabra, y el príncipe que había conducido con tanta resolución y celeridad la guerra de Asia condujo la de Europa con inexplicable lentitud. Arquelao, que hubiera debido desembarcar en Grecia en el 88, cuando Italia estaba aún ardiendo, no llegó hasta el año siguiente, cuando el gran incendio estaba ya casi apagado, y el ejército real invirtió un año entero en el camino de Lámpsaco á las Termópilas. Arquelao arrastró fácilmente á la defección á Atenas, preparada hacía tiempo por el filósofo Aristión, la de la Eubea, del Peloponeso y de la Beocia, menos Tespias. Las dos fortalezas de Calcis y Demetriada permanecieron también en manos de los amigos de Roma.

El primer encuentro de los romanos y de los asiáticos ocurrió en Beocia. Brucio Sura, lugarteniente del gobernador de Macedonia, expulsó de la Tesalia un destacamento que había querido apoderarse de Demetriada, y luchó durante tres días ventajosamente contra Arquelao en la llanura de Queronea. Y sin duda hubiera quedado dueño del campo de batalla, si la aproximación de los peloponesios no le hubiera arrancado la victoria. El choque había sido tan rudo, que hubo de quedar interrumpida la invasión. Por otra parte, Sila llegaba también. Arquelao se replegó sobre el Pireo y Aristión volvió á Atenas. No tenían ya á Grecia sino por la orilla, pero la tenían bien, gracias á la posición semi-insular de Atenas y á su flota, dueña del mar Egeo.

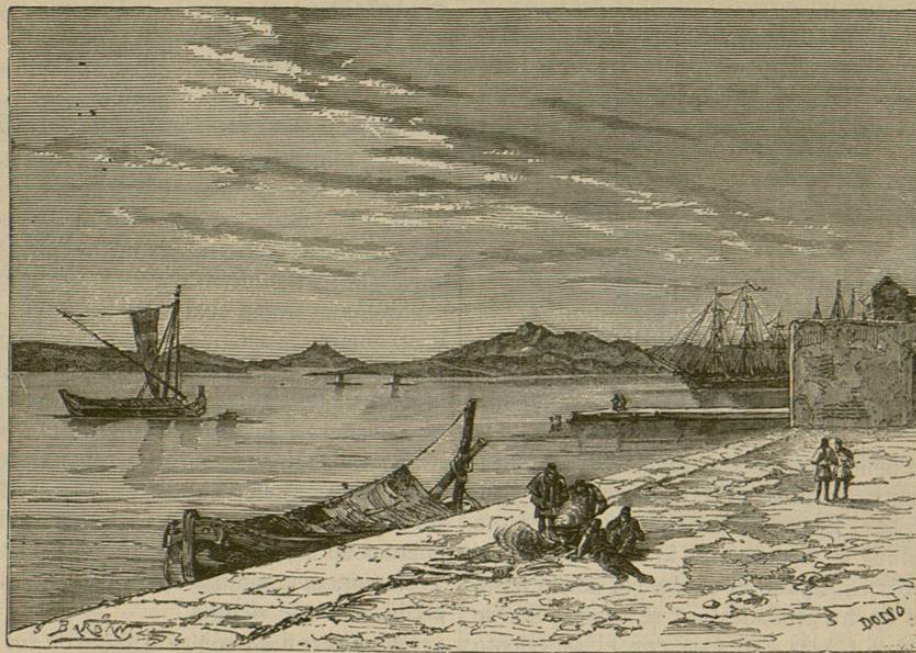
III. — SITIO DE ATENAS.—BATALLAS DE QUERONEA Y ORCOMENO (87-85).

Mientras se batían en Beocia pasaba Sila el Adriático con cinco legiones, unos treinta mil hombres, y el poco oro que había podido sacar de la venta de los bienes consagra-

(1) La llegada de Sila á Grecia suspendió todos estos movimientos, y no se trata ya de las gentes del Peloponeso en la continuación de la guerra.

dos á los templos (1). Enganchó algunos auxiliares en la Tesalia, la Etolia y la Beocia y marchó contra Atenas dejando fuertes destacamentos en Megara á fin de cerrar el camino del istmo á los peloponesios, si deseaban batirse otra vez, y en Eleusis para tener abierta la Beocia y proveerse de víveres. Atenas estaba unida al Pireo por los Largos Muros de Temístocles, y con la asistencia de la flota del rey, recibía el Pireo incesantemente soldados y provisiones, que desde allí pasaban sin demora á Atenas. Sila puso desde luego todo su cuidado en aislar de su puerto á la ciudad perforando los Largos Muros, y después atacó rudamente el Pireo mismo, poniendo todo su arrojó en el empeño, como quiera que, proscrito en Roma, no podía

salvarse sino por la victoria y por una pronta victoria. Para construir sus máquinas había cortado los bellos árboles del Liceo y de la Academia, y para pagar á sus soldados entró al pillaje los templos de Delfos, de Epidauro y de Olimpia, si bien prometiendo restituir el oro después de la guerra. Los sacerdotes de Delfos invocaban presagios que les prohibían este préstamo forzoso: en el fondo del santuario habían oído resonar la lira del dios: — «Señal de que lo aceptan, contestó el general: entregad pues esas riquezas, que el dios mismo nos ofrece para combatir á los bárbaros. Después de todo, más seguras estarán en mis manos que en las vuestras.» Y á los que decían que eran inviolables los tesoros de sus templos, les contestaba: «No os faltarán re-



El Pireo (2)

curso para reparar el daño, pues los dioses son pródigos y se cuidan de llenar las arcas sagradas.»

Sin embargo, el ataque contra el Pireo no adelantaba. Arquelao desbarataba hábilmente las obras de los asaltantes haciendo uso, para la defensa, de todo lo que la poliorcética enseñaba para el ataque. Cubría sus murallas de máquinas que arrojaban mil clases de proyectiles, mataban á los asaltantes ó incendiaban sus trabajos; y cuando Sila acercaba una máquina al pie del muro, levantaba Arquelao otra más alta sobre la muralla, ó minaba el suelo de la torre enemiga haciendo que se derrumbara. Un día hasta ordenó una salida, que hubiera sido fatal al ejército sin el desesperado arrojó de una cohorte, cuyos soldados tenían que expiar no sabemos qué falta militar.

Con esto, el invierno se echó encima antes que los arietes hubieran hecho brecha en aquellos muros construidos con enormes piedras. Por fortuna, el ejército real ponía en sus movimientos inconcebible lentitud. La muerte de Arcatias lo entretuvo aún más, y el año 86 encontró á Sila acampado en Eleusis con una parte de sus tropas, el resto entre el Pireo y Atenas continuando el bloqueo, el ejército pónico en la Eubea y en Macedonia, y Mitrídates en Asia todavía.

(1) Ap. *Mithr.* 22; Oros. V, 18: *Loca publica que in circuitu Capitolii, pontificibus, auguribus, decemviris et flaminiibus in possessionem tradita erant, cogente inopia, vendita sunt.*

(2) Lebas y Waddington: *Viaje arqueol.*, p. XII.

A la salida del invierno, renovó Sila con más empeño sus ataques; pero Lúculo, á quien había enviado á Egipto para adquirir barcos, no pudo reunir una flota capaz de disputar el mar á la del rey. Desesperando de forzar el Pireo mientras Mitrídates fuera dueño del mar, dirigió sus esfuerzos contra la ciudad. Atenas sufría ya hambre, pues el medimno de trigo valía nada menos que 1,000 dracmas, y sin embargo, Aristión, dueño de la ciudadela, y sostenido por las tropas que le había enviado Arquelao, no hablaba de entregarse. A dar fe á Plutarco, que sin duda lo calumnia, este sofista, erigido en general, era un miserable, en quien todos los vicios se revolvían en pugna por el predominio. Los festines ocupaban sus noches, y de día subía á las murallas á insultar á los romanos, á Metela, esposa del general, y al mismo general, á quien por su cutis barroso comparaba con una mora espolvoreada de harina. Los filósofos de aquel tiempo se creían hombres de Estado y aun hombres de guerra. Un amigo de Aristión, el peripatético Apelición de Teos, ejercía también mando militar en Atenas (3). Era muy aficionado á libros; buscábalos por todas partes, comprándolos, pero también solía sustraerlos de las colecciones públicas; hurtos dichosos, nos atreveremos á decir, porque el filósofo sufrió al fin la pena del talió: Sila le quitó su biblioteca y se la trajo á Roma. En ella se en-

(3) Encargado de una expedición contra Delos, fué batido. (Ateneo, V, pág. 214; Estrabón, pág. 609.)

contraban los manuscritos de Aristóteles, que se copiaron, y Andrónico de Rodas preparó con ella la primera edición del maestro, que es la que formó el fondo de las nuestras.

Los muros que Temístocles construyera y que detuvieron á Sila, dieron á los dos amigos tiempo para filosofar. Entretanto el hambre acabó por introducirse también en el ejército. Dos veces intentó Arquelao meter víveres en Atenas; pero prevenido Sila por dos esclavos que lanzaban á sus líneas proyectiles huecos con los avisos de los preparativos hechos en el Pireo, sorprendió los convoyes una y otra vez, y Aristión se decidió á enviar á Sila dos diputados que le hablaran largamente de Teseo, de Eumolpo y de Milciades. «Yo no he venido aquí á recibir lecciones de elocuencia, sino á castigar á los rebeldes,» contestó el general. Y los despidió.

El 1.º de marzo del 86, hubieron de sorprender los soldados romanos un puesto mal guardado, y con esto se tomó la ciudad. Sila quiso entrar por la brecha, y para ello hizo derribar parte de la muralla; y á media noche con un apa-



Moneda de Apelióon (1)



Moneda de Aristión (2)

rato espantable, al bélico son de las trompetas que tocaban á degüello y entre la furiosa gritería de todo el ejército, penetró en la plaza. Respetó los monumentos, pero no á los hombres. Tal fué la matanza que la sangre derramada, después de haber empapado el Cerámico, corrió hasta las puertas y entró en los arrabales: así se cuenta. Sila se propuso espantar á la Grecia y al Asia con el sangriento saqueo de esta ciudad, que deteniéndolo por espacio de nueve meses había comprometido su fortuna. Ahitos de sangre y oro sus soldados y extendido á todas partes el terror de su nombre, dió libertad á los que quedaban de aquel pueblo y aun á la isla de Delos: Atenas se salvó otra vez más por sus ilustres muertos.

Sila volvió luego con tenacidad al sitio del Pireo; pero detrás de cada muro que sus soldados derriban, encontraba otro muro construido por su hábil y más tenaz adversario, y fué preciso conquistar la ciudad palmo á palmo (3). Encerrado Arquelao en Muniquia que el mar rodeaba por todas partes, era invulnerable allí; pero no había ya ningún interés para el ejército pónico en permanecer más tiempo en esta punta del territorio ateniense. Con su valiente defensa había retenido casi un año á Sila lejos del Asia y dado tiempo á Mitridates para acabar sus preparativos, y á las tropas reales para llegar á Grecia. Su general se embarcó y tomó la dirección de la Eubea para ponerse en comunicación con el nuevo caudillo del ejército tracio, Taxilo, que llegaba, en fin, al frente de ciento diez mil hombres, á retaguardia de las legiones.

No siendo Sila dueño del mar, no podía dejarse encerrar

(1) Beulé: las *Monnaies d'Athènes*, núm. 211. ΑΘΕ (vzlov) ΑΠΕΛΙΟΝ ΓΟΡΓΙΑΣ ΑΡΤΕΝΟΣ. ΔΑ.

(2) Beulé: *Mon. d'Athènes*, núm. 216. El mochuelo de Minerva, el nombre de los atenienses ΑΘΕ (vzlov) y el de los tres magistrados monetarios. ΑΡΙΣΤΙΟΝ ΦΙΛΩΝ ΗΓΓΙΑΣ ΑΠ Η.

(3) Sila, que había respetado los monumentos de Atenas, lo destruyó todo en el Pireo (Apiano, *Mithrid.* 41).

en la estéril Atica; por otra parte, le convenía salir á recibir á uno de sus tenientes, Hortensio, que le traía las fuerzas destacadas en Tesalia. Obligado á evitar el paso de las Termópilas, donde lo esperaba un cuerpo enemigo, Hortensio se había metido en el Eta y, por el Parnaso, bajaba á la Beocia. Dos caminos, el uno que pasaba al Sur del Parnes, y el otro al Norte del Pentélico, conducían de Atenas á la llanura beocia por Platea y Tanagra. Sila los tomó sin duda los dos para marchar más aprisa y se reunió con su teniente á los alrededores de Elatea. Gracias á Plutarco que era del país y redactó su narración sobre las memorias de Sila, conocemos mejor que de ordinario los incidentes de esta campaña.

El procónsul asentó su campamento en una colina cuyo pie bañaba un río. Desde allí lo veía todo, y era visto, lo que entraba en su plan; porque esperaba que el enemigo, confiado en su fuerza y despreciando el escaso número de los romanos, cometiera alguna imprudencia (4).

En efecto, los generales, los soldados de Taxilo, pedían á voces el combate y el mismo Arquelao lo deseaba. La llanura se llenó de hombres, de caballos y de carros. El esplendor de las armas, guarnecidas de oro y plata, los brillantes colores de los trajes medos y escíticos, el bruñido del bronce y del hierro daban á esta inmensa multitud un aspecto tan extraño como terrible. Pero como Mario ante los teutones, Sila retiene inmóviles á sus soldados detrás de sus trincheras y sufre con paciencia las bravatas de los bárbaros, que alentados por su misma inacción, se alejan de su campo á muchas jornadas de distancia á fin de extender sus rapiñas. Saqueaban las ciudades, despojaban los templos y se atraían el odio de los habitantes y de los dioses del país: aquéllos, que advertían á Sila todos los movimientos de los asiáticos; éstos, especialmente el terrible Trofonios, que multiplicaban en favor de los romanos las predicciones de victoria.

Para atraer á los romanos fuera de sus líneas, Arquelao, que mandaba en jefe, levantó su campo y tomó la dirección de Queronea en la orilla occidental del lago Copais; marcha imprudente, porque si era derrotado, no tenía ya línea de retirada. Sila lo previene, y un tribuno y una legión, guiados por queronenses, ocupan antes que él esta importante ciudad, donde encuentran el recuerdo de los brillantes combates de Brucio Sura contra el nuevo Jerjes, y tal es la confianza de los soldados, que á la llegada del general, le ofrece el tribuno en nombre de ellos una corona de laurel, como si el enemigo estuviera ya vencido.

Los asiáticos se habían establecido en una altura llamada Turión, y dos queronenses ofrecieron al procónsul conducir por un sendero oculto un destacamento á una posición que los dominara. El procónsul aceptó la propuesta, y se preparó á aprovecharse del pánico que esta sorpresa había de producir necesariamente en el ánimo del enemigo. Al propósito, formó lentamente su ejército en batalla, la infantería en el centro, la caballería en las alas, y á retaguardia, una fuerte reserva mandada por el bravo Hortensio, se estableció en las alturas para impedir un movimiento envolvente, que preparaba ya el enemigo con un grueso cuerpo de caballería y de tropas ligeras. Sila estaba á la derecha y había cedido la izquierda á Murena dejando cubiertas sus dos alas con un foso que retardara la carrera de

(4) Plutarco sólo da á Sila diez y seis mil quinientos hombres; pero el mismo Sila disminuyó el número de su efectivo, como suprimió el número de sus muertos. Apiano hace subir el número de sus tropas á veinte mil hombres: el procónsul tenía cuarenta mil; digamos treinta mil, cuya mitad eran romanos, y estaremos sin duda muy cerca de la verdad.

los carros armados de guadañas. En esta especie de campamento atrincherado esperará el efecto de la sorpresa del Turión y el ataque del ejército pónico.

En cuanto al enemigo, en primera línea estaban los carros, en segunda la falange y en tercera los auxiliares armados á la romana, y entre ellos, gran número de italianos fugitivos (1). Entre los carros y la falange, Arquelao y Taxilo habían colocado quince mil esclavos emancipados por decreto público en las ciudades de Grecia. Con esto, provinciales, italianos, esclavos, todos los insurgentes contra Roma estaban representados en este ejército de Mitridates. En cuanto los romanos aparecieron en las cimas del Turión, quisieron huir los bárbaros sorprendidos y espanta-



Vélite (2)

distancia, tal así los primeros carros arrancan sin vigor y son rechazados sin esfuerzo, y los romanos piden otros entre cuchufletas y risotadas burlescas, ni más ni menos que en las carreras del Circo.»

El buen humor de los soldados romanos era de mal agüero para los asiáticos. En el momento de recibir el choque de los romanos, estrechan su orden de batalla y bajan sus largas lanzas, imitación de las sarisas macedónicas; pero antes que su primera línea llegue á esta compacta masa de hombres y hierro, hace Sila llover los dardos de sus vélites y todos los proyectiles de que había provisto á su segunda línea. Ningún golpe se perdió, y hechos grandes claros en las filas enemigas, lanzó á sus legionarios, que como en Pidna, apartaban las sarisas ó pasaban por debajo y trabaron el combate cuerpo á cuerpo.

Los enemigos de Roma no habían aprendido nada de sus derrotas. Para combatir, Mitridates no había sabido inventar nada que sustituyera con ventaja una organización militar, cuya insuficiencia habrían debido mostrarle tres grandes desastres en un siglo. Cinoscéfalos, Magnesia y Pidna. De los ciento veinte mil asiáticos reunidos en Quero-

(1) *Mixtis fugitivis Italiae gentis quos pervertitiam multum fidebat* (Front. *Strateg.* I, 3, 17).

(2) Del arco de Septimio Severo.

nea, apenas pudieron salvarse diez mil, que con sus caudillos huyeron á Calcis.

El vencedor se jactó de no haber perdido quince soldados (3); mentira que nos parece bien torpe, pues debía hacer creer que Sila se las había habido con un enemigo despreciable; pero no era sino muy hábil para los antiguos, á cuyos ojos ganar sin pérdidas una batalla era prueba evidente de la protección de los dioses, y á Sila importaba mucho pasar por favorito de ellos. Los modernos han cambiado en esto, creyendo menos en la fortuna y más en el talento del caudillo.

Mitridates se dió buena prisa en reunir un nuevo ejército. Había prometido al Asia una dominación más suave que la de los romanos, y la abrumaba con impuestos y requisiciones. Con esto, no tardaron mucho en formarse conspiraciones que él quiso ahogar en sangre. En efecto, convidados por él á un festín los tetrarcas de Galacia, fueron pasados á cuchillo, sin que se librasen de la muerte sus mujeres ni sus hijos. Además, les confiscó los bienes, y suprimiendo aquella forma de gobierno, amada por el pueblo galaico, les impuso por rey á uno de sus sátrapas.

Pero tres de los tetrarcas habían podido sustraerse á sus sangrientos odios, y ellos tres reunieron tropas, expulsaron las guarniciones reales, y Mitridates vió con despecho levantarse á su espalda una guerra peligrosa. En Quíos hizo una exacción de 2,000 talentos, cerca de doce millones de francos, y so pretexto de faltar algo en la cuenta, un amigo suyo prendió á todos los habitantes y los trasportó á orillas del Ponto; y en Adramitis mandó degollar á todo el senado de la ciudad. Trales, Metrópolis, Pérgamo, Efeso misma, espantadas de la suerte de Quíos, mataron á los oficiales del rey y le cerraron sus puertas (4). Para contener la defeción de las demás ciudades, dió Mitridates á los deudores condonación de sus deudas, á los extranjeros establecidos en la tierra el derecho de burguesía, y la libertad á los esclavos. Habiéndose creado así en el populacho de cada ciudad un partido poderoso, dominó por el terror á los ricos y á la clase acomodada. Alentados los delatores, todos los días le denunciaban nuevas conspiraciones, y hasta en su misma corte se formaron algunas; de modo que en poco tiempo hubieron de perecer en los suplicios mil seiscientos supuestos conspiradores. Con esto, Mitridates había hecho buenos, para los griegos de Asia, á los procónsules romanos.

Aun estaba Sila en Tebas celebrando su victoria con fiestas y juegos públicos, cuando supo que, sustituyendo á Mario en el consulado, pasaba el Adriático Valerio Flaco con un ejército. Al mismo tiempo supo que un general de Mitridates, llamado Dorilao, llegaba del Asia con otro ejército de ochenta mil hombres. Entre dos peligros, Sila eligió el más glorioso, y marchó contra Dorilao, que había

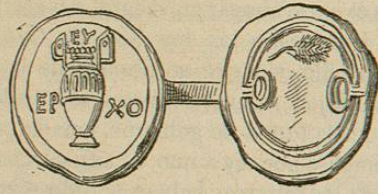
(3) Apiano (*Mithrid.* 45) dice quince extraviados, y aun añade que dos de ellos parecieron después.

(4) Esmirna, Sardes y Colofón siguieron el mismo ejemplo. En 1862, M. Waddington (*Inscr. del Asia Menor*, n.º 136) encontró una inscripción que contenía la declaración de guerra de los efesios al rey del Ponto y las disposiciones de salud pública decretadas en tal ocasión para dar mayor energía á la defensa: abolición de las deudas quirográficas, etc. Ocho años después, M. Wood descubrió en las ruinas de Efeso un fragmento de ley (98 líneas), que es el texto legislativo más largo que haya llegado á nosotros de la Grecia. Este fragmento posterior á la paz impuesta por Sila á Mitridates, y relativo también á los contratos hipotecarios, que habían sido en extremo numerosos, á consecuencia de los enormes gravámenes impuestos á las ciudades, es un documento precioso para el conocimiento de la legislación griega en materia de deudas. (Véase R. Daresté, *Revue hist. de droit français et étranger*, 1877, págs. 161-173.)

penetrado rápidamente en la Beocia al frente de numerosa caballería.

De todas las llanuras de la Beocia, dice Plutarco, la más grande y bella es sin duda la que, descubierta y sin árboles, se extiende de Orcómeno á los pantanos ó se pierde en el Melas. Arquelao decidió llevar las operaciones con lentitud para agotar los recursos del enemigo; pero Dorilao le echó en cara su derrota como una traición y estaba impaciente por combatir.

Sila fué á establecerse enfrente de los asiáticos y á fin de embarazar los movimientos de su caballería, cortó la llanura con multitud de zanjas, sólo dejando libre el terreno que descendía á los pantanos con la esperanza de precipitarlos en ellos. Sus soldados trabajaban activamente en las trin-



Moneda de Orcómeno (1)

cheras, cuando Dorilao se arrojó sobre ellos con grandes masas de hombres, dispersó á los trabajadores y los cuerpos que los protegían y puso momentáneamente en peligro al ejército romano.

Sila debió pagar con su persona: saltó del caballo, asió un estandarte y arrojándose en medio de los fugitivos, gritó diciendo á sus legionarios: «Cuando os pregunten dónde habéis abandonado á vuestro general, recordad bien que fué en Orcómeno.» Estas palabras los detuvieron, y habiendo acudido dos cohortes al ala derecha, rechazó al enemigo y volvió á su campamento, donde les hizo comer y reposar un poco. Restablecidos el orden y la confianza, los envió otra vez á las trincheras, y á pesar de un nuevo y violento combate, logró á la caída de la tarde rechazar á los bárbaros y encerrarlos en su campamento.

Al amanecer del día siguiente, volvió á empezar los apaches y los ataques, y esta vez, rechazando al enemigo con más ímpetu, hubo de forzar las trincheras de su campo. Todos los que hicieron frente cayeron al filo de la espada, y los demás fueron perseguidos hasta el lago y los pantanos, que se llenaron de sangre y de cadáveres. Fué una operación de guerra, como las que César hará más tarde: el menor número envolviendo al mayor.

Tebas, cuya fidelidad había sido un tanto dudosa y otras tres ciudades de la Beocia tuvieron la suerte de Atenas, y con esto, toda la Grecia tembló (85).

Mientras ganaba esta segunda victoria, Flaco se le anticipaba en Asia; pero de paso por la Tesalia, no pudo impedir que muchos de sus soldados desertaran para ir á incorporarse á las legiones de Sila. Amenazado por dos ejércitos, después de haber perdido los suyos, hizo Mitrídates que Arquelao pidiera secretamente la paz. «Que Sila le deje el Asia y le suministrará todo el dinero, todos los soldados y barcos que quiera para volver á Italia» (2). Sila exigió: la restitución de todas las conquistas del rey, los prisioneros, los tránsfugas, dos mil talentos, setenta galeras con proas

(1) EPXO EY, principio del nombre de la ciudad y monograma. Diota ó vaso. Reverso, escudo beocio con una espiga. Moneda de plata de Orcómeno.

(2) Arquelao acaso se vendió á Sila, el cual hubo de darle grandes bienes en Eubea, diez mil pletros de tierra ó sean mil hectáreas. (Plut. *Sylla*, 23.)

de bronce y la vuelta de todos los desterrados á su patria.

Estas condiciones eran moderadas, por cuanto sólo restablecían el *statu quo* de antes de la guerra, y dejaban impunes los asesinatos ordenados por el rey. Pero todos los días iban á refugiarse al campamento de Sila nuevos proscritos, y tenía necesidad de concluir la paz, con tal de que fuera gloriosa. Mientras el rey deliberaba, condujo su ejército á la Tracia para castigar á aquellos pueblos aliados de Mitrídates, por sus continuas incursiones en la Macedonia; y más aún para ocupar y enriquecer á sus tropas. Terminaba esta expedición que lo acercaba al Asia, cuando el rey del Ponto contestó que accedía á todo, menos á la entrega de las galeras y de la Paflagonia, dando á entender que podía obtener de Fimbria mejores condiciones.

Este general había dado muerte al cónsul Valerio Flaco en Nicomedia, tomado el mando de su ejército y hecho la guerra por su cuenta. Habiendo batido á un hijo del rey, hubo de avanzar rápidamente hasta Pérgamo, de donde Mitrídates apenas había tenido tiempo de huir. Lúculo, á quien Sila había cometido, durante el sitio de Atenas, el encargo de adquirir barcos en Egipto, Fenicia, Chipre y Rodas, cruzaba á la sazón aquellas aguas con una flota y dejó al rey ponerse en cobro. Era una traición para con Roma, á quien podían haberse ahorrado aquel día veinte años de sacrificios é inquietudes. Pero Lúculo servía á su partido; era menester que un partidario de Mario no tuviera el honor de acabar aquella guerra. Fimbria se vengó en



Cabeza torreada de Chipre (3)

Ilium, á la cual destruyó por haber enviado una embajada á Sila; después entregó á la rapacidad de la soldadesca la Misia, la Troade y la Bitinia.

Mitrídates esperaba aprovecharse de la rivalidad de estos dos caudillos. Sila fingió indignación. «¡Le dejo esa mano que ha firmado la muerte de tantos ciudadanos de Roma y todavía es osado á reclamar! Dentro de algunos días estaré en Asia y entonces hablará de otra manera.»

Mitrídates se humilló, en efecto, y le pidió una entrevista, que se celebró en Dardano, en la Troade. El rey tenía á su alrededor veinte mil hombres de á pie y seis mil de á

(3) Figurilla de barro cocido del Museo del Louvre (Heuzey).

caballo, gran número de carros de guadaña y en la mar doscientos barcos. Sila no llevó consigo más que cuatro cohortes. Pero cuando Mitrídates se adelantó á recibirle y le tendió la mano: «Ante todo, dijo Sila sin darle la suya, ¿aceptas ó no aceptas mis condiciones?» Y como el rey guardara silencio, añadió: «A los vencidos toca hablar y á los vencedores escuchar sus ruegos.» El monarca, tan poderoso antes, se sometió á todo, y se embarcó en aquel mismo sitio para volver al Ponto.

Fimbria estaba en Lidia: Sila marchó contra él, atrajo su ejército á su causa y redujo al general á darse allí mismo la muerte.

Expulsado del Asia Mitrídates, restablecidos otra vez más en sus tronos Nicomedes y Ariobarzanes, y ganadas las tropas de Fimbria, no quedaba ya más que pagar á los soldados el precio de la victoria y castigar la provincia. Muchas ciudades fueron saqueadas y destruidas, otras vieron arrasados sus muros y vendidos ó muertos sus habitantes. Los esclavos libertados por Mitrídates fueron devueltos á sus amos, y restituidas á sus antiguos propietarios las tierras invadidas. Fué una nueva revolución social.

Después de las ejecuciones militares, hubo exacciones

de todas clases. El ejército se diseminó por las ciudades, donde vivió á discreción. Cada soldado debía recibir diariamente de su huésped diez y seis dracmas (14 francos) con una buena comida para él y los amigos que quisiera convidar; cada centurión debía recibir asimismo cincuenta dracmas (43 francos) con una túnica para estar en casa y otra para salir.

Finalmente, el general vencedor convocó en Efeso á los diputados de la provincia y les declaró en términos que no permitían vacilación, que la provincia tenía que entregarle inmediatamente el importe total del impuesto correspondiente á los cinco años pasados desde la defección, ó sea la asombrosa cantidad de veinte mil talentos, la indemnización de los gastos de guerra y todo lo que fuere necesario para la reconstitución de la provincia (1).

Como después de tantos pillajes, devastaciones y desastres faltaba naturalmente dinero, tuvieron que tomarlo á préstamo las ciudades dando en prendas á los usureros sus teatros, sus gimnasios y hasta las murallas y las puertas. Este arreglo de cuentas hubo de costar al Asia más de seiscientos millones de francos; pero Sila pagaba anticipadamente á sus soldados la guerra civil.

CAPITULO XLVI

LA PRIMERA GUERRA CIVIL (83-82)

I. — PRIMER AÑO DE LA GUERRA CIVIL (83).

Desde el Asia misma había anunciado Sila al senado sus victorias y la paz concluida con Mitrídates, sin hablar de guerra ni de venganza; pero fué otro su tono, cuando de Efeso pasó á Grecia y se vió á orillas del Adriático y al frente de cuarenta mil veteranos (2) afectos á su persona, hasta el extremo de ofrecerle su peculio para llenar su caja militar (3). Entonces envió á Roma segundo mensaje, en que recordaba sus servicios y el pago que se le había dado: sus bienes confiscados, su cabeza proscrita, sus amigos asesinados. Pero ya llegaba él y muy luego sus enemigos y los de la república recibirían el castigo de sus crímenes. Para apartar de Cinna á los italianos, acababa prometiendo los derechos de los nuevos ciudadanos. «Los hombres de bien, decía, no tienen que temer nada de mí, ya sean antiguos ó nuevos ciudadanos.»

Esta carta escrita en son de amago hizo temblar al senado, como quiera que desde los Gracos este cuerpo, omnipotente y soberano en otro tiempo, no tenía ya vida propia. Colocado entre el populacho de los demagogos y la soldadesca de los generales, se dejaba arrastrar á remolque de los partidos, que no sabía dominar, y echando alternativamente todos los facciosos la púrpura senatorial sobre los hombros de sus cómplices, había perdido él la consideración, que es la fuerza de los cuerpos políticos. En esta ocasión ensayó el único papel que pudiera aún desempe-

(1) Apian. *Mithridates*, 61-63; Plut. *Sylla*, 25; Luc. 4. Los aliados, en 1815, hicieron en nuestras provincias requisiciones análogas (Vaulabelle, *Hist. des deux Restaur.* III, 345), y en la guerra de 1870-71, los prusianos superaron las exacciones que se citan como el más memorable ejemplo de la arrogancia del vencedor.

(2) Ap. (*Bell. civ.* I, 79) le da además 1,600 navios; Plutarco solamente 1,200.

(3) Le renovaron también el juramento militar. (Plut. *Sylla*.)

ñar, el de mediador. A propuesta de Valerio Flaco, partió una diputación á templar el enojo del vencedor (4), y negociar un acomodamiento, cuyo árbitro sería el senado. Al mismo tiempo se prohibió por un decreto á los cónsules continuar sus preparativos. Cinna y Carbón no lo tuvieron en cuenta y reunieron víveres, soldados y dinero, repitiendo en todas partes que su causa era la de los nuevos ciudadanos. Los samnitas y los lucanos, que no habían rendido aún las armas, prometieron sostenerlos; pero Cinna quiso embarcar para Grecia el ejército así reunido, y con esto hubo de estallar una sedición, que le costó la vida, pereciendo en Ancona á manos de sus propios soldados (84).

Habiéndose quedado Carbón de cónsul único, echó mano de los últimos recursos de los demagogos desesperados; extendió aún el derecho de ciudadanía á nuevos aliados, que distribuyó con los emancipados en las treinta y cinco tribus (5); dejó que el tribuno Popilio Lenas precipitara de la roca Tarpeya á un antiguo tribuno y expulsara de Roma á todos sus colegas á los cuales hizo negar el agua y el fuego, y arrancó al senado el orden de licenciar los ejércitos, para tener el derecho de acusar de traidor á su adversario, si desobedecía. Sila contestó pasando la mar (83).

De Efeso, en tres días de navegación se había puesto en Atenas, desde donde, por Tanagra y las Termópilas, se dirigió á Tesalia y Macedonia, á fin de tomar la vía Egnacia que lo conducía á Durazo (*Dyrrachium*), es decir al punto de más corto trayecto entre el continente griego y la pe-

(4) Tit. Liv. *Epit.* LXXXIII; Apian. *Bell. civ.* 77. Sila recibió bien esta diputación y sólo exigió la vuelta de los desterrados, la restitución de sus bienes y una indemnización de daños y perjuicios.

(5) Drumann y Keferstein (*de Bello Mars.*) juzgan, á pesar del texto positivo de Tito Livio (*Epit.* LXXXIV), que sólo se trata aquí de *das Gesindel... Fremde und entlaufene Slaven*, porque dicen que todos los aliados tenían ya el derecho de ciudadanía. Es el mismo error que he notado en otro lugar.